

# EDUARDO LIZALDE

## POEMAS

### IN DIEM NATIVITATIS CHRISTI

UNA LEONA ha parido a media calle,  
en el centro de Roma, dice Shakespeare.  
Presagio indiscutible de impensables catástrofes.  
Nunca una leona cometió tal imprudencia, vergonzosa  
para su brava especie,

ni con tales apremios escapó de sus bosques.

¿César ha de morir a manos de traidores?  
¿Han de crucificar al redentor siglos arriba?  
¿La previamente filmica Cleopatra jugará con el áspid?  
¿Se ahogará simplemente esa hormiga golosa  
en góndola de miel?

No: nacerá el consabido redentor, terrible asunto.  
Catástrofes habrá por tres mil años, Jesucristo,  
como siempre que estos magos aparecen. ¿No fue Osiris  
Por lo pronto, la leona, pare tranquila [ el último?  
y lame a sus cachorros, ante el Cónsul absorto.

### POETASTROS Y POETÍSIMOS

NO ha sido la poesía precisamente  
el más tranquilo, sano y placentero  
de los malos negocios.  
Pero todos escribimos poesía:  
niños, tarados, viejecitos, gañanes, comisarios.  
—Vendían torreznos Lope y su familia  
Shakespeare mismo —no digamos Cervantes—,  
escribía de pronto versos espantosos,  
endecasílabos con pústulas,  
sólo para intentarlo, para tensar la cuerda,  
para probar el arma, para vocalizar,  
y a veces colocaba una flecha  
en blanco venturoso, sin querer,  
en diez, en veinte, en cien disparos fallidos.  
Todos lo hacemos en nuestra medida si sabemos el rumbo,  
más si no lo sabemos pero estamos unidos.

### OMELETTE DE SONETOS A LA GÓNGORA Y A LA RICARD REIS

LA ROSA corto del jardín primera,  
esta rosa feliz que alumbra el año  
con su amarillo, con su luz entera,  
y sólo es el principio del rebaño.

Un rebaño de rosas que prospera  
del primero hasta el último peldaño,  
siguiendo el curso azul de la escalera  
que al cielo lleva espinas sin más daño.

Vive dos días cortada, estrella rota,  
pero raudas gemelas la suceden  
con la prisa estelar en que se agota

la rosa superior a la que ceden  
flores, hombres, criaturas en derrota,  
que toda luz, al marchitar conceden.

LA ROSA del amor corto primera,  
y palpo, beso, desenvuelvo, adoro  
sus pétalos de blanca primavera;  
y luego, la rehago, vuelvo al oro

lo que era cobre y floración grosera.  
La rosa, hoy amarilla, que desflora,  
vuelve a la sangre, clama y desespera  
por ser la pulpa que hoy, carnal, devoro.

Mujer la flor se ha vuelto, esplendorosa,  
de su metamorfosis sorprendida,  
por obra de esa magia poderosa.

Y aunque fue, cuando flor, notable cosa,  
era planta, verdura, apenas vida;  
y hoy late, canta la perfecta rosa.

## SEVILLA, EL LABERINTO

Gritan las calles, ladran, como buenos guardianes,  
hondamente locales, celosos de sus territorios,  
felices de su voz hispana,  
al viajero extraviado y aturdido.  
La ciudad lo rodea, lo abraza y lo encandila.  
Sale por fin del laberinto sevillano  
hacia las salvadoras plenitudes  
de la avenida Menéndez y Pelayo,  
vasta, marítima y bella como todós los libros  
del que le ha dado nombre y pavimento.  
Luego, todo es jardines;  
rompe a cantar la calle como un río, que es su veloz gemelo:  
corre el Guadalquivir hacia esas torres  
—la del oro en el medio—  
que envuelve los veleros con un canto,  
que sopla del lejano mar profundo  
como el aliento de ese toro gigantesco.  
Se acercan a las mesas los cantores viandantes,  
unos tedescos mendigos, que visten como duques,  
entonan mal y hermoso aires comunes y graciosos.  
Me distraigo, y lanzo al río inocente  
una botella de gran reserva Egufa  
—*versiamo um po' di vino nell'acqua del Tamigi*—;  
pero ya llega un Falstaff andaluz, cuando reacciono,  
con otro tinto igual hacia mi mesa.

*Eduardo Lizalde recibió a fines del año pasado el Premio Nacional de Letras. Lo felicitamos y nos felicitamos.*